



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13018

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración. Mayor, 24

MARTES 28 DE MARZO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

La sequía

Con insistencia que causa la desesperación de los agricultores, continúa el cielo negando los favores de la lluvia. Los días se suceden y desgraciadamente se parecen en los secos y calurosos.

El año comenzó benigno. En las mejores condiciones se echó la sembradura al surco; pero de pronto se torció y así sigue, sin esperanzas de que se enderece.

Hace un tiempo hermoso, pero es una desgracia. No empaña el cielo ni siquiera una nube; mas eso constituye una ruina. El sol brilla en el zénit con los esplendores de la primavera, pero en vez de repartir la vida contribuye á la muerte.

¡Pobres labradores! Con la garantía de la cosecha próxima tomaron la simiente á préstamo. Trabajaron la tierra con la fé del que espera del trabajo el sustento de la familia; y al llegar la noche y retirarse rendidos al hogar ¡cuántas veces al amor de la lumbre se engolfaron en las cuentas galanas de la lechera de la fabula!

La sequía ha echado por tierra los alegres cálculos engendrados de rientes esperanzas. Poco á poco se achicaron éstas. Perdida la de una cosecha abundante, aspiraron á obtenerla mediana; pero el tiempo avanza y la lluvia no llega, poniendo en peligro hasta la aspiración de coger la semilla.

Con tales anuncios ¿qué va á ser de los pobres campesinos? ¿Qué de los jornaleros? Si no hay trabajo de escarda, de siega y de trilla ¿de qué va á vivir esa gente?

Y si eso ocurriera en una región sola, menos mal; pero acerca á toda España, la cual, como si no hubiese bebido hasta las heces el caliz del dolor en los últimos años, vése

obligada á sentir los tormentos del hambre con motivo de la sequía.

Lo más desesperante es que no se adivina el remedio. La lluvia, que pudiera reducir el daño, no llega. Las disposiciones que puede tomar el gobierno no resolverán la cuestión, porque el mal es muy grande y los recursos son limitadísimos.

Y lo peor de todo es que el cielo permanece limpio, la atmósfera serena, el sol vuelca sobre la tierra cascadas de fuego...

Hermosa primavera si hubiese llovido. Sinistra, porque á través de sus colores y sus brisas se adivina el hambre.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Cada día es más crítica la situación de Austria. Hungría camina á pasos de gigante hacia la separación.»

Eso es moda.

Dígalo Suecia, que quiere hacer con respecto á Noruega lo que Hungría con respecto á Austria.

Y no hablemos de Irlanda, que ansía vivir libre, porque eso es viejo ya.

La verdad es que corren vientos separatistas y que de donde menos se piensa sopla una ráfaga.

Lo que va de ayer á hoy.

Dice un periódico:

«Fue en los tiempos felices de la abundancia. Entouces no había huelgas. La naturaleza, pródiga, nunca regateó su lluvia bienhechora. Y por todas las provincias andaluzas pasaba un rumor de sana dicha, que parecía salir de los plivos y las viñas, como una bendición de dios pagano.»

Eso era en otros tiempos de ventura.

Los de hoy no son felices. Hay huelgas á granel y por contra manifestaciones de hambrientos. La naturaleza se muestra avarienta y no da ni una gota de agua. Y por todas las provincias andaluzas, y las demás que no lo son, pasan rumores de amenaza que parecen salir de pechos rencorosos como una maldición de la venganza.

El cuadro resulta menos agradable; ero más movido.

Y si al menos no aumentara en negro ras...

Pero ya aumentará.

Y todo eso ocurre porque no han caído cuatro gotas.

O porque los ilustres estadistas que nos han gobernado no fijaban la atención en que hacían falta pantanos y canales.

Vivieron tan ocupados siempre en la política de campanario, que no pudieron desviar un momento la atención para pensar en el país.

Patrocinados—á lo que parece—por la policía, circulan por Rusia unas proclamas dirigidas á los trabajadores.

Son muy inocentonas. Recomendán que se mate á los estudiantes, á los que se acusa de revolucionarios y se ofrece por dicho servicio la gratitud del Czar.

Si esto que dejamos consignado es cierto, el cielo ha sido justo poniéndose de parte del Japón.

Según dicen de San Petersburgo, en varias regiones se han tomado medidas para evitar que el cólera aparezca en aquel territorio.

Sólo eso le faltaba á Rusia.

Si ella sola sufriese la plaga, menos mal.

Pero de rechazo nos tocará á nosotros, como si fuésemos culpables de la guerra y de que en el mundo haya una Manchuria deseada por Rusia y el Japón.

RENACIMIENTO ESPAÑOL

(De "El Globo,")

No pasarán meses sin que los hechos demuestren el fundamento de lo que vamos á decir.

En la segunda quincena de Junio quedará despejada la incógnita de estos renglones.

Y á guisa de prólogo, recordemos que hace un año anticipamos el texto del Tratado franco español sobre Marruecos, motivando sendas negativas del señor Rodríguez San Pedro en el Senado; negativas que no impidieron resultase auténtico y exacto el texto anticipado por nosotros.

Quiso Inglaterra, en vista de que medio siglo de tentativas aynas nada útil obtuvie-

ron en Marruecos, endosar á Francia la misión de civilizar el Mogreb.

Aceptó Francia el endoso, creyendo facilísimo convertir á Marruecos en prolongación de la Argelia, y hacerse dueña de un Imperio lindante con el Atlántico y el Mediterráneo.

Inquietándose por la actitud en que España, espontáneamente ó por ajena impulsión pudiera colocarse, trataron de ligarla á sus empresas mediante el Tratado adicional al pacto anglo-francés.

Hecha la ligadura, emprendió Francia los prolegómenos de su pacífica penetración en Marruecos, teniendo pronta ocasión de convencerse de que la corte Sheriffiana gana en astucia, diplomacia, marrullería y mano izquierda, á todos los Dalcassé habidos y por haber.

Convencida de que el endoso consistía en roer un hueso pelado y duro según advertimos oportunamente, acudió á Inglaterra, pretendiendo la rescisión del pacto, pero sin alcanzarla; pues lo más que ha logrado, ha sido el consejo de que trueque lo secundario en principal, es decir, que en vez de llevar á remolque á España, la destaque como avanzada ó descubierta.

Así las cosas, interviene Alemania, cuyo Emperador no sabe, ni quiere saber, que hay vigente otro estado de derecho internacional en Marruecos: el producido por las conferencias de Madrid: uno de los más altos títulos de Cánovas á la gratitud nacional.

Alemania no puede, no quiere consentir que el Norte de Africa sea posesión francesa, como tampoco tolerará que sea España país anglofrancés, sean los que sean los medios empleados para ampliar á toda nuestra Península el pseudo-protectorado británico sobre Portugal.

Alemania no permitirá que el Estrecho pertenezca á Inglaterra y Francia exclusivamente, y se dispone, estudiando la cuestión sobre el terreno, á interponer su veto para impedir se cumplan las estipulaciones resultantes del pacto de Londres; y para evitar que las Baleares puedan ser ocupadas por ingleses ó franceses, ya que unos y otros se las disputan; los ingleses para reforzar su línea Gibraltar-Malta-Egipto; los franceses para cortar esta línea, mediante la de Tolón-Mahón-Bizerta.

No ha olvidado Alemania que los españoles cuando trataron de elegir un Rey acudieron á la Casa Real de Prusia, y que

Francia estorbó su reproducción en el siglo XIX lo acaecido en el siglo XVI, distando así el cumplimiento de las aspiraciones germánicas constantes en asomarse al mar latino como en los tiempos de Alfonso el Emperador y luego en los de Carlos V.

No ha olvidado tampoco lo acaecido cuando Alfonso XII regresó de Berlín.

Alemania procura constantemente evidenciar que tiene cariño á España, y al intervenir ahora en lo de Marruecos acaso nos presta un señalado servicio.

Porque sin haber concertado alianza alguna, aparecemos ante las Cascellerías como si nos asistiese el poderío de un formidable aliado; y esto explica el amor que Inglaterra nos prodiga; el afecto con que Francia nos aguarda, la importancia que reviste en los actuales momentos cualquiera decisión de España...

Acaso estamos en el desarrollo de lo planteado en Vigo entre un Soberano fuerte y valeroso y un Rey joven y emprendedor... Y, ¡quién sabe si la ausencia del señor Colón de Tángier es un factor preciso para lo que haya de sobrevenir!

Quéjase algunos de que España carezca de representante efectivo en la ciudad marroquí á la llegada del Emperador.

Aparte de que nuestro representante en nada haría oscilar la balanza, pudiera aunder cualquier acto suyo cerca del Kaiser tuviese una interpretación equivocada y perniciosa.

Mejor es que sin nosotros se las entienda los poderosos.

Nuestra causa no perderá nada en ello. ¡Quizás gane!

Y sucederá que, mediante concertaciones, ya borroneadas, quedará España investida de los derechos y facultades que las potencias la reconocieron en las precipitadas conferencias de Madrid.

Quedarán al amparo de todo golpe de mano, neutralizadas tal vez, las Canarias, las Baleares y nuestras plazas africanas.

Y España será la encargada de operar en Marruecos la evolución de aquel país hacia la cultura y la civilización, pudiendo ser continuada la obra interrumpida en Wad-Ras por británicas imposiciones.

Acordarán las potencias, que pues Italia tiene derecho á Trípoli y Francia á Tánz y Argel, es decir, al litoral africano que tienen enfrente de sus costas, España debe ser fiorear la parte de África, que es como una prolongación de su suelo.

Ya es mucho que Orán y parte de Arge-



oisco, — contestó Rosa con salvaje ternura; — no carecía de nada, es verdad, pero no era dichosa porque no puedo serlo lejos de tí.

Al ver que me olvidabas, no he podido resistir, y he querido asegurarme por mí misma. Francisco, no pareces muy contento de volverme á ver.

do con coquetería; era Rosa Bignon, la mujer de Guapo Francisco.

El marido se manifestó más sorprendido que regocijado de tan inesperada aparición.

— ¿Otra vez tú, Rosa? — preguntó algo turbado. — A la verdad estaba muy lejos de pensar... Déjanos Virolosa, — dijo á Fancheta, que devoraba con los ojos á la recién llegada, — véte con tu hijo.

La Virolosa no se movió.

— ¿Es esta la señora Rosa? — dijo con cándida admiración. — ¡Oh, qué hermosa es. Ya no me admiro de que...

— ¡Véte con mil diablos!

Fancheta, amedrantadabuyó al otro extremo de la cueva.

Entonces los dos esposos se sentaron en un banco y el Meg dijo con aire descontento:

— ¡Vive Dios! ¿Qué significa esta nueva calaverada, Rosa?

— ¿Por qué no te has quedado en Orleans, según te había prevenido?

— ¿Te faltaba algo? ¿No estabas contenta? ¿Por qué no has esperado con paciencia mi regreso?

— Mucho tiempo hubiera tenido que esperar, Fran-

Un gesto imperioso la cerró la boca, y el chico, libre por fortuna de la presencia del Meg, echó á correr hacia los otros muchachos, que le recibieron con juramentos y golpes.

La Virolosa estaba en un todo preocupada con la idea del nuevo peligro que le amenazaba. Viendo